

Escritura de mujeres: daño ambiental, orden materno, cartografías de la violencia

Womens' writing: environmental damage, maternal order, cartographies of violence

Alicia Ortega Caicedo

e-mail: alicia.ortega@uasb.edu.ec

Universidad Andina Simón Bolívar (Ecuador)

Resumen

Este ensayo presenta una lectura de tres novelas contemporáneas escritas por mujeres en América Latina, desde una perspectiva que invita a repensar la relación con la Naturaleza, en el horizonte de los afectos y una estrategia política que bien coincide con lo que Arturo Escobar denomina “la defensa del lugar”. El trabajo busca poner en diálogo los mecanismos de destrucción medioambiental y el impacto del discurso tóxico, en el escenario de una reflexión anclada en la violencia, la maternidad y el feminicidio, en diálogo con los estudios de género y una aproximación ecocrítica. *La loca de Gandoca*, 1991, de Anacristina Rossi (Costa Rica); *Distancia de rescate*, 2014, de Samanta Schweblin (Argentina); y *Poso Wells*, 2007, de Gabriela Alemán (Ecuador), constituyen el corpus seleccionado para pensar las problemáticas planteadas.

Palabras clave: Literatura latinoamericana, novela contemporánea, escritura de mujeres, ecocrítica, violencia, maternidad, feminicidio, Anacristina Rossi, Samanta Schweblin, Gabriela Alemán.

Summary

This essay aims to present a reading around three contemporary novels written by women in Latin America, from a perspective that invites us to rethink the relationship with nature, on the horizon of affection and a political strategy that matches well with what Arturo Escobar calls “the defense of place.” The work seeks to articulate the mechanisms of environmental destruction and the impact of toxic discourse on the stage of a reflection anchored in violence, motherhood and femicide, in dialogue with gender studies and an ecocritical approach. *La loca de Gandoca*, 1991, by Anacristina Rossi (Costa Rica); *Distancia de rescate*, 2014, by Samanta Schweblin (Argentina); and *Poso Wells*, 2007, by Gabriela Alemán (Ecuador) are the corpus selected to think about the issues raised.

Key words: Latin American literature, contemporary novel, women’s writing, ecocriticism, violence, maternity, femicide, Anacristina Rossi, Samanta Schweblin, Gabriela Alemán.

Introducción

La actual crisis ecológica y el daño ambiental restablece la pregunta por la Naturaleza, y problematiza el modo como –en nombre de la civilización, el progreso, el crecimiento continuo– la humanidad ha capitalizado el entorno natural a costa de su destrucción, desde una visión instrumentalista de explotación: la naturaleza extrahumana como objeto científico/de dominación y como fuente de recursos naturales. Ramón Fernández Durán denomina “antropoceno” a la época actual, marcada por la crisis ecológica como consecuencia del despliegue del sistema urbano-agro-industrial a escala global: un sistema que ha actuado como una auténtica fuerza geológica con fuertes implicaciones ambientales. Desde esta perspectiva, estamos

viviendo/padeciendo una nueva era histórica, afectada por la incidencia de la “especie humana”. Al menos, por una parte de ella, condicionada por la lógica del capitalismo global.¹ Aunque se trata de un fenómeno de impacto mundial, el daño se recrudece en territorios periféricos y pauperizados. Territorios convertidos en sumideros de residuos, usualmente habitados por comunidades –marcadas por la exclusión étnica, cultural y social– expulsadas o expropiadas de sus tierras, condenadas a ocupar espacios contaminados, víctimas de disputas territoriales en nombre de la privatización y la explotación de los recursos naturales, la acumulación del capital, la inversión extranjera. Me interesa articular los mecanismos de destrucción medioambiental y el impacto del discurso tóxico, en el escenario de una reflexión anclada en la violencia, la maternidad y el feminicidio, en diálogo con los estudios de género y una aproximación ecocrítica. El corpus narrativo permite abordar las problemáticas señaladas desde tres ámbitos regionales: Centroamérica, el Río de la Plata, los Andes: *La loca de Gandoca*, 1991,² de Anacristina Rossi (Costa Rica); *Distancia de rescate*, 2014,³ de Samanta Schweblin (Argentina); y *Poso Wells*, 2007,⁴ de Gabriela Alemán (Ecuador).

1. “...el actual capitalismo global, fuertemente estratificado y con muy diferentes responsabilidades e impactos de sus distintas sociedades e individuos, que ha logrado alterar por primera vez en la Historia el sistema ecológico y geomorfológico global. No solo el funcionamiento del clima de la Tierra, o la composición y características de sus ríos, mares y océanos, así como la magnitud, diversidad y complejidad de la biodiversidad planetaria, sino hasta el propio paisaje y territorio, convirtiéndose el sistema urbano-agro-industrial ya en la principal fuerza geomorfológica. Una tremenda fuerza de carácter antropogénico, activada y amplificada por un sistema que se basa en el crecimiento y acumulación (dineraria) sin fin” (4). Ramón Fernández Durán, *El antropoceno: la crisis ecológica se hace mundial. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Recuperado de: < http://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/el_antropoceno.pdf>. Consultado 2016/05/23.

2. Rossi, Anacristina (1993). *La loca de Gandoca*. San José de Costa Rica: EDUCA. Todas las citas están referidas a esta edición.

3. Schweblin, Samanta (2014). *Distancia de rescate*. Buenos Aires: Random House Mondadori. Todas las citas están referidas a esta edición.

4. Alemán, Gabriela (2014). *Poso Wells*. Quito/Asunción: Euterpe. Todas las citas están referidas a esta edición.

Profanación

Las más finas cualidades de nuestra naturaleza, como la frescura de las frutas, solo pueden ser conservadas si las tratamos con la mayor delicadeza.

David H. Thoreau, *Walden*

A inicios de los años noventa, algunos planes de desarrollo turístico amenazaron la supervivencia del Refugio Nacional de Vida Silvestre Gandoca-Manzanillo, localizado en la provincia de Limón, litoral caribeño de Costa Rica.⁵ Importa destacar la ubicación, porque se trata de un sitio que presenta la más alta biodiversidad en las tierras bajas del Atlántico. En dicha coyuntura, la escritora costarricense Anacristina Rossi accede a documentos que evidencian la concesión ilegal de una zona del Refugio, por parte del entonces Ministro de Recursos Naturales, a una empresa italiana (una concesión sin estudios de impacto medioambiental, para un plan urbanístico presentado como desarrollo turístico). Después de la denuncia pública, y ante la amenaza de muerte, Rossi optó por interponer un Recurso de Amparo, mecanismo judicial al que todo costarricense tiene derecho cuando otras alternativas legales se ven agotadas. Frente a la imposibilidad de encontrar un mecanismo de defensa del lugar en el marco de la legalidad y el aparato estatal, Anacristina Rossi recurre a la escritura como estrategia de lucha ecologista y recurso de resistencia para preservar el lugar y frenar el desarrollo turístico en la zona. La publicación de la novela *La loca de Gandoca* (1991) provocó una polémica a nivel nacional, que incidió en decisiones que afectaron el curso de las actividades desarrollistas en el

5. El Refugio de Gandoca es parte de la Reserva de la Biosfera, declarada por la Unesco Patrimonio de la Humanidad: “ha sido el corredor biológico para la trans migración de especies entre Norteamérica y Suramérica. [Sus bosques] mantienen una riqueza de germoplasma de la más promisorias, para el mejoramiento genético de los cultivos tradicionales, para investigaciones fitoquímicas, en el campo de la salud, plaguicidas naturales, etc. Es una reserva de la fuente de materia prima con la cual nuestros antepasados llenaban sus necesidades” (Rossi, 1993, 58-59).

Refugio.⁶ Este impacto, que trasciende el éxito editorial por su resonancia política,⁷ dota a la novela de una riqueza particular: desencadena una lectura que interroga el lugar de la literatura, la escritura femenina, la hibridez textual.⁸

La novela desmonta los mecanismos de destrucción medioambiental, como resultado de la implementación de proyectos de “ecoturismo” en complicidad con instancias de corrupción estatal. *La loca de Gandoca* entretiene dos historias paralelas: la lucha que lidera la protagonista, Daniela Zermat/alter ego de Anacristina Rossi, va de la mano con el relato de una historia de amor. La novela narra la disputa de Daniela por preservar el Refugio de Gandoca, frente a decisiones de funcionarios gubernamentales e inversionistas extranjeros que privilegian una política desarrollista en beneficio del capital, la propiedad privada, la especulación inmobiliaria, a costa de la destrucción ambiental. En el presente narrativo, Gandoca entra en la escritura desde una memoria afectiva: una memoria anclada en el Refugio, que evoca imágenes de una vida familiar entrelazada con la materialidad silvestre en peligro:

6. Andrew M. Ray, “Luchando contra el fin del mundo: resistencia, decolonialidad e interculturalidad en *La loca de Gandoca*”, en *Nomenclatura, Aproximaciones a los estudios hispánicos*, Primavera 2013. Recuperado de: < <http://uknowledge.uky.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1014&context=naeh>>. Consultado 2015/10/25.

7. La novela lleva 25 ediciones y más de cien mil ejemplares vendidos. En proceso de traducción al inglés y al francés. Fue lectura obligatoria en los colegios entre 1994 y 2011. Existe una adaptación teatral de Luis Carlos Vásquez y Euclides Hernández.

8. A raíz de la publicación de la novela y la lucha de varios grupos ambientalistas, el Ministerio de Ambiente, Energía y Telecomunicaciones, con la intervención de la Contraloría General de la República, quitó los permisos de construcción que habían sido otorgados arbitrariamente por otros funcionarios. Los hoteles, del empresario Jan Kalina, fueron demolidos, tras determinarse que dichas construcciones invadían parte de la zona marítimo-terrestre en el refugio de Gandoca-Manzanillo. Según varias declaraciones de la autora, la lucha por la protección ambiental en la Reserva continúa, en el esfuerzo por detener proyectos que buscan impedir la protección del Refugio. El territorio está calificado como Patrimonio Natural del Estado. Sin embargo, durante las últimas décadas, el Refugio sufrió graves daños ambientales que provocaron la pérdida de especies animales y vegetales, destrucción de humedales y construcciones ilegales, como resultado de la ambición comercial desarrollista.

Recuerdo ese verano como el punto más alto y perfecto de todos nuestros años de vida en común. Habían florecido los sangríos y el suelo estaba lleno de flores amarillas. También habían florecido las ipomeas y una alfombra apretada y multicolor cubría la arena. Las orquídeas se abrían en los cocoteros y detrás de la playa, antes del yolillal, la blanca multitud de los lirios salvajes perfumaba el silencio marino. Unos negros pasaban con sus mulas dejando huellas redondas en las que los niños metieron los pies. Luego topamos con una comitiva de indios de los que no hablan castellano. Pensé que durante siglos, indios y negros habían mantenido intacto ese litoral. Y en ese instante tuve la horrenda certeza de que vos y yo, Carlos, los diecisiete hermanos de Wallis y Wallis –cuyos padres habían nacido y vivido y amado en esa costa y bautizado en *mecaitelia* sus maravillas– estábamos exactamente al comienzo de su profanación (31).

La estrategia discursiva de la novela se potencia cuando la palabra invade esa zona oscura de leyes y decretos que regulan y desregulan la privatización de la tierra y el control de la vida orgánica en su infinita variación. La palabra de Anacristina Rossi se instala allí donde la tautología de la propiedad privada manda:

- Es que es un Refugio con propiedad privada.
- Ya sé, pero los propietarios saben desde hace años que allí la propiedad privada tiene ciertas limitaciones para proteger la vida silvestre.
- No. La propiedad privada es la propiedad privada. No se puede limitar.
- ¡Pero se puede regular! Vea un ejemplo: suponga que yo tengo un lote en un barrio residencial y decido construir en él una central atómica. Obviamente no me dejarán.
- Pues a lo mejor la tienen que dejar. La propiedad privada manda (15).

El entorno de Gandoca es, en principio, el soporte espacial de una memoria afectiva: es el lugar en donde Daniela y su esposo José Manuel fueron felices, levantaron casa y fundaron familia: “Y sellamos nuestra unión en ese mar, el sitio más hermoso sobre la tierra” (13), afirma la narradora desde el recuerdo. La carga afectiva que potencia la memoria narrativa sensibiliza

la escritura frente al entorno natural: el conocimiento acumulado por Daniela acerca de esa naturaleza está anclado en los afectos y el juego: el lazo que junta los cuerpos es el mismo que los afirma en Gandoca. Es ese mismo conocimiento al que recurrirá Daniela en defensa del lugar, puesto que “de un tiempo para acá amanecen árboles talados, se levantan hoteles y cabinas sin ton ni son y echan aguas cloacales y basura en las playas y ríos” (14). En el presente narrativo, José Manuel ha muerto en un accidente, víctima de un largo proceso de intoxicación alcohólica. La intoxicación del cuerpo amado es percibida y relatada como un indicio más de la destrucción que afecta a todos, como metáfora de pérdida y deterioro.

La novela describe el deambular de la protagonista entre oficinas y Ministerios, en su esfuerzo por salvaguardar el Santuario de Gandoca. En el curso de su trayectoria, se estrella una y otra vez con un cuerpo legal de carácter arbitrario, que articula la sola lógica del capital en la ejecución de proyectos de urbanización e intereses empresariales: comprar, talar, drenar, fumigar, construir, cementar, exponen la sintaxis de un razonamiento de intervención espacial que modifica y destruye el entorno natural, sin precautelar el ejercicio de acciones reguladoras o de control ambiental. La playa de Gandoca es referida constantemente por Daniela como lugar perfecto: “El Refugio Gandoca era un sitio perfecto, nuestro sitio sagrado” (26). En términos culturales, la idea de “paisaje perfecto” deja entrever imaginarios de paraíso, lugar sagrado, mundo cerrado, bienaventuranza, “lugar interior”. La novela puede bien ser leída como el relato de una caída: la pérdida del paraíso, la expulsión del Edén, la caída al infierno. En el proceso de esa caída, la narradora registra los indicios de una suma de acciones que revelan prácticas de profanación y destrucción:

El mar de Refugio de Gandoca es una cosa distinta. [...] Yo lo conozco bien y sé que no es un mar sino un lugar interior, un temperamento, una importante etapa en el conocimiento de sí. Sentarse en las playas del Refugio de Gandoca es trascenderlo todo, incluso su propia arbitraria belleza, sus flores y sus algas, eternas, perfumadas, putrescibles (25).

Nombres sonoros y evocadores de tortugas verdes –Tortuguero–, árboles que sangran por ciclos como las mujeres –Cahuita–, transparentes brazos de mar –Manuel Antonio– o tesoros coloniales –La Isla del Coco– eran pura destrucción: miles de toneladas de basura, de plaguicidas, tala inmisericorde, concesiones ilegales a compañías extranjeras y cientos de mega proyectos turísticos devastadores como el del hotelero masivo Serafín Cataló que había destruido un manglar, el hermoso río Pánica, una montaña, dos cementerios indígenas y estaba apropiándose de una bahía entera. Y según las autoridades no había manera de regular estas inversiones pues si el capital extranjero se regula, se va (137).

La narración reviste un tono coloquial al momento de traducir los innumerables diálogos de Daniela, en su esfuerzo por desmontar un marasmo de papeles que ahoga toda posibilidad de salvaguardar la vida silvestre amenazada. Asimismo, al ser la protagonista quien escribe el relato como último recurso en su lucha por la defensa del lugar, su palabra configura una suerte de poética del espacio, puesto que brinda imágenes descriptivas y sensoriales acerca de Gandoca como espacio plenamente habitado y acogido: la perspectiva narrativa amplifica olores, texturas, sonidos, de una naturaleza animal y vegetal que conforma la vida silvestre defendida. Esa descripción está cargada de apego y un sentido de enraizamiento vital, que sensibiliza el horizonte espacial de la escritura. Memoria, afecto y conocimiento, convergen en el proyecto novelístico de Anacristina Rosi. Es un dispositivo afectivo el detonante de una estrategia en defensa del lugar.⁹

9. En carta personal, Anacristina me relata que a inicios de los noventa todavía se preservaba una selva espesa detrás de la pleamar, en la costa del Caribe sur. En ese espacio, Anacristina había levantado su casa. Transcribo sus palabras, justamente porque revelan el rico entramado autobiográfico, afectivo y de conocimiento local en el que ancla su escritura: “En esa época no había empezado el desarrollo turístico. Los doscientos metros que están detrás de la pleamar eran selva espesa, pues toda la costa del Caribe sur había sido sembrada de cacaotales por los afrodescendientes y ellos dejaron entre doscientos y cuatrocientos metros de la pleamar hacia atrás en la selva virgen, para que la brisa marina no destruyera la flor del cacao. Esos cacaotales fueron abandonados en los años setenta, así que todo había vuelto a ser selva, cuatrocientos metros junto al

El conocimiento al que apela Anacristina Rossi es uno de carácter local y referido a su experiencia del habitar cotidiano. Se trata de un conocimiento que satura la escritura y define a la protagonista de la novela en su permanente ejercicio de interpelación: el desplazamiento que repite Daniela de oficina en oficina sutura los descosidos jurídicos, coloca sentido allí en donde la ley ausente, a pesar de sus trampas y remiendos, hace evidente la vulnerabilidad de la vida y los intereses económicos en juego. Es el cuerpo de la protagonista en movimiento el que resignifica el escenario biopolítico, reformula los referentes de la vida en su inscripción real y a la vez intangible: “¿Qué es vida silvestre? ¿La arena dorada y las plantas fósiles son vida silvestre? ¿Es vida silvestre el mareante olor de los lirios salvajes? ¿El silencio de las cinco, previo al concierto de pájaros, también? ¿Y el silencio nocturno?” (16). Lo que está en juego es la construcción de una subjetividad femenina en su relación con la exterioridad social, animal, vegetal: el ejercicio de cuidado y protección, propio del saber materno, es asumido en relación a una vida que trasciende la filiación biológica, en sentido propio e individual.

El antropólogo colombiano Arturo Escobar,¹⁰ en el marco de una reflexión en torno a medio ambiente y desarrollo, propone que una defensa del espacio debe incorporar el conocimiento local acumulado, prácticas económicas basadas en el lugar y modelos culturales de la naturaleza. En esta perspectiva, la relación entre lugar y cultura resulta relevante al momento de pensar

mar selva virgen y atrás bosque secundario. Entre esos trescientos metros de selva virgen y el bosque secundario estaba mi casita. [...] En eso salió de la selva de enfrente un oso caballo [...]. Me apuntó con el hocico por un tiempo que a mí me pareció infinito [...]. Y entonces yo supe lo que tenía que hacer. Tenía que quedarme y luchar por los osos caballos, que estaban extinguiéndose. Yo le fallé al oso caballo. A pesar de todas mis luchas ese animal se extinguió en esa parte de Costa Rica. Desde el punto de vista de la petición que el animal –o el universo a través de él– me hiciera, fallé. *La loca de Gandoca* fue un fracaso estruendoso pues no logré salvar a los osos caballos de su extinción [...]. Lo que sí hizo la novela fue poner sobre la mesa de las discusiones públicas el tema ambiental y de la corrupción.... (30 de julio 2015).

10. Escobar, Arturo, “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo?”, en Lander, E. (compilador). (1993). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

políticas de protección e intervención. Políticas que cruzan vínculos de identidad y lugar. Es justamente en esa intersección desde donde escribe Rossi: su lugar de enunciación ancla en la experiencia, el conocimiento personal acumulado y el apego al lugar habitado. En el proceso de su defensa, la protagonista apela a una serie de acciones y relatos que se inscriben en lo que Escobar denomina “conocimiento local”: el entretejido afectivo con su gente, el mapa mental de la playa y sus bosques, es el insumo de una novela que desdibuja la frontera entre ficción, autobiografía, testimonio, crónica.

En esta perspectiva, el conocimiento local y la carga afectiva depositada en la escritura rompen la dicotomía naturaleza/sociedad, en la disposición a reconocer el entorno biofísico y el humano no como dominios distintos y separados. Los “modelos locales” que observa Daniela tienen que ver con el uso que las comunidades indias y negras, pesqueras y autárquicas, han hecho del espacio en una convivencia pacífica con la vida silvestre. (“Pensé que durante siglos, indios y negros habían mantenido intacto ese litoral”, 31). En el transcurrir de la trama anecdótica, inversionistas y políticos aúnan esfuerzos para sembrar la desunión y romper la frágil alianza entre la protagonista, líderes comunales, afrocaribeños e indígenas bri bri. Difícil sobrevivir a tramposas maniobras de despojo, presiones políticas, enfrentamientos, atomización comunitaria, promesas de urbanización, empleo y enmascaramiento de desarrollo sostenible. Tal como observa Fernández Durán, las resistencias campesinas e indígenas se han intensificado en muchos de los territorios periféricos mundiales, pero asimismo se han visto frenados como resultado del “monólogo metropolitano”: “profundamente autista y altamente destructivo de sus entornos inmediatos y del mundo entero” (12). Frente a una situación de desamparo absoluto, Daniela/Rossi asume la palabra como herramienta de registro, documentación y lucha: “Verlo bien y contarlo, para que conste que una vez existió el paraíso. Me despidieron del Ministerio y me enajenaron la comunidad, los intereses comerciales parecen triunfar sobre la salud, la belleza, la vida. Ahora solamente ‘me queda la palabra’” (105). *La loca de Gandoca* se construye desde esa pérdida, allí donde se instala un Yo que modula los límites de su expansión discursiva, en función de una lucha política. En suma, de un Yo que busca insertarse desde la escritura en la dinámica social, partir de lo íntimo y privado para invadir y trastornar

el ámbito público, incidir en la esfera política, contaminar su propia huella discursiva con los residuos que evidencian la problemática testimoniada. La escritura se inscribe como evidencia, como prueba, como mecanismo judicial de intervención y defensa. Se trata de una estrategia que explora modalidades del yo femenino, en el esfuerzo por alcanzar mecanismos de inserción social frente a un cerco legal que invalida su palabra bajo el calificativo de locura e insanidad mental –viejo y probado recurso de toda sociedad patriarcal–.

La novela de Rossi rompe todo protocolo de diferencia genérica: participa del testimonio, la crónica, la autobiografía, la ficción literaria. La voz narrativa asume Gandoca como lugar vivido y de enraizamiento, de allí que el lugar deviene referente y escenario, pero también proyecto político, sujeto de derecho, defensa y reapropiación, motivo central de una escritura marcada por la hiperconciencia narrativa. La novela se cierra con la escena en que Daniela toma la decisión de escribir el texto que leemos. Así, se inserta en la tradición narrativa de mujeres que escriben sobre mujeres que escriben: una línea de reflexión que interroga el lugar de la escritura femenina, las estrategias de una subjetividad que busca erosionar el territorio de su propia inscripción histórica. La novela puede ser leída como el relato de un proceso (en el sentido kafkiano), una génesis al revés que replica la aventura de conquista y colonización. Una aventura sedimentada en la memoria de varios siglos, que hierde, estría y punza la tierra. Esa tierra que deviene basural, contaminación, objeto de dominación, disputa y profanación: “Después de comprar [los inversionistas] drenaban porque odiaban los pantanos. Esparcían agroquímicos porque odiaban todo bicho, todo cangrejo. Cortaban la selva porque lo que deseaban era hacer jardines. Talaban los árboles a la vera de los ríos para construir tarimas y no ensuciarse los pies” (36). La riqueza toponímica invade el texto, un amplio abanico de nombres propios detallan el archivo de una geografía habitada. La escritura de Rossi incorpora los fragmentos disgregados de una memoria llamada a consolidar el archivo de Gandoca. En la matriz de ese archivo se aloja la novela: allí coinciden la autoridad toponímica, la herida testimonial, la subjetividad femenina, la invención lúdica, la estrategia política de activismo ecológico desde la literatura.

Como gusanos en el cuerpo

Distancia de rescate (2014), de la argentina Samanta Schweblin, sitúa el problema de la toxicidad en el mundo contemporáneo, como horizonte de una reflexión que toca la dimensión bio-política del ejercicio materno. Se trata de un diálogo a dos voces, entre Amanda y David, la voz de un niño que empuja a su interlocutora adulta a recordar y narrar una serie de acontecimientos que anteceden la experiencia del presente narrativo. Una experiencia, la del paso a la muerte, que devuelve con insistencia la mirada al lugar en el que se sostiene la relación madre/hija(o). Si proteger, cuidar, amar, son funciones claves del orden materno, el diálogo novelado busca descubrir el “punto exacto” en donde el hilo invisible que une a la madre con su hija se tensa y amenaza con romperse. Un punto de ruptura que estalla no por descuido materno, sino porque estar en el mundo, su sola habitabilidad, se vuelve una experiencia peligrosa. En el curso del devenir cotidiano, un punto/situación cualquiera puede poner en riesgo la “distancia de rescate”, propia del saber materno: “así llamo, explica Amanda, a esa distancia variable que me separa de mi hija y me paso la mitad del día calculándola, aunque siempre arriesgo más de lo que debería” (22). El espacio habitado deviene inseguro y riesgoso, aún en la cercanía materna de la cotidianidad doméstica. El peligro penetra allí en donde la imaginación espacial todavía preserva valores de pureza y protección: la naturaleza, el entorno rural de un pequeño pueblo, el lugar de vacaciones, lejos del cemento urbano y la contaminación ciudadana. La toxicidad parece esparcirse y penetrar *como gusanos, en todas partes, y también en el cuerpo*. En este escenario de vulnerabilidad extrema, el saber acerca de la distancia de rescate, transmitido de generación en generación, de madre a hija –“Mi abuela se lo hizo saber a mi madre, toda su infancia, mi madre me lo hizo saber a mí, toda mi infancia, a mí me toca ocuparme de Nina” (89)–, pierde sustento y valor referencial. A ese saber, en palabras de David, “se le escapa lo más importante”: la posibilidad de identificar, en cualquier momento, el punto letal del que parece imposible escapar.

La novela relata el encuentro de Amanda y su pequeña Nina con Carla y su hijo David, durante las vacaciones de verano, en una granja fuera de la

ciudad. El relato es empujado por las preguntas que formula David, frente a las cuales Amanda recuerda y narra en un estado de situación vital límite. El fluir del relato responde al imperativo dictado por David: reconocer el punto exacto en el que acontece un suceso accidental que interrumpe el curso de la vida, que paraliza la potencia corporal (el punto exacto en el que los gusanos tocan el cuerpo por primera vez). Se trata de un suceso apenas perceptible en el torbellino del acontecer cotidiano, pero de impacto mortal para el entorno biofísico y humano: un episodio minúsculo que tensa, hasta romper, el hilo invisible que une el cuerpo a cuerpo de madre e hija. El tóxico accidentalmente regado en el campo de soja ha tocado, de manera azarosa y casi imperceptible, los cuerpos de Amanda y la pequeña Nina. La invisibilidad del peligro hace eco de lo que Ulrich Beck definió como la “sociedad de riesgo”: “Muchos de los nuevos riesgos (contaminaciones nucleares o químicas, sustancias nocivas en los alimentos, enfermedades civilizatorias) se sustraen por completo a la percepción humana inmediata” (1998, 33). En el mundo contemporáneo, los peligros no siempre son visibles ni perceptibles. La realidad que desactiva el funcionamiento de la distancia de rescate, que pone en peligro su justa medición coincide con esa suerte de segunda realidad a la que alude Beck: una que contiene sustancias peligrosas no perceptibles, que supone una pérdida de la soberanía cognitiva, puesto que los afectados desconocen los patrones de valoración con respecto a la propia situación de riesgo: En el pueblo “No todos sufrieron intoxicaciones. Algunos ya nacieron envenenados, por algo que sus madres aspiraron en el aire, por algo que comieron o tocaron” (Schweblin, 104). El lector conoce, en el curso de los diálogos de ambas madres, que David, aún más pequeño, casi muere también intoxicado: acucillarse en el riachuelo, meter las manos en el agua, chuparse los dedos, son acciones cotidianas que sin embargo encadenan una metonímica del peligro.

Fragmentos de un diálogo anterior entre Amanda y Carla conducen la escritura hacia un escenario que instala la mirada en la comunidad: animales que mueren intoxicados, nacimiento de niños y animales deformes, abortos espontáneos. Son escenas de un mundo con marcas de fatalidad, que alertan casi hasta la locura la sensibilidad materna. La novela linda con una atmósfera de extrañamiento y pesadilla, porque el desesperado deseo

por salvar la vida del hijo conduce a los personajes a una serie de acciones radicalmente divorciadas de toda lógica racional: lo anómalo, la cercanía e invisibilidad del peligro, moviliza mecanismos mágicos para resistir y gestionar la vida. La vida se vuelve frágil al menor descuido: los cuerpos tocan la tierra, el agua o el aire que bien pueden estar envenenados: “Con qué fue que se intoxicó”, pregunta Amanda a Carla a propósito del accidente ocurrido a David, “Eso pasa, Amanda, estamos en un campo rodeado de sembrados. Cada dos por tres alguno cae, y si se salva igual queda raro. Los ves por la calle, cuando aprendés a reconocerlos te sorprende la cantidad que hay” (Schweblin, 70). La escritura trabaja la experiencia del dolor y el miedo frente a una realidad familiar e incomprensible, que pone en riesgo la vida.

Amanda relata desde una sala de emergencia, en estado de agonía, de dolor intenso y sin poder moverse. Los síntomas del veneno en el cuerpo (fiebre, dolor, mareo, picor) se confunden con el despeñadero de palabras que encadenan un discurso en delirio. El relato se entrecorta y avanza con dificultad, envuelto él mismo por los efluvios del veneno en la sangre. David interroga, y provoca de manera continua el relato de una madre que sabe va a morir: un relato en la agonía, que pregunta por la hija intoxicada también de manera accidental. El miedo y la angustia que moviliza la palabra situada al filo de la muerte se debe, justamente, a la imposibilidad de rescatar a la hija: el hilo que sostiene y hace posible medir la distancia de rescate se rompe, e impide la continuidad de la palabra. La palabra de Amanda sobrevive lo que dura en cortarse el hilo: la tensión de ese hilo, que sostiene ambos cuerpos (madre-hija) en cercanía simbólica, garantiza la posibilidad misma del relato: de un resto de lucidez en la conciencia narrativa. La novela concluye cuando el hilo se desprende.

El logro de la escritora es trabajar con una palabra que porta los efectos del veneno en el cuerpo: la palabra que emite un cuerpo envenenado, afebrado, desorientado, un cuerpo materno que habla desde la agonía. Descoloca al lector la ubicuidad de la palabra de David, pues resulta difícil precisar desde dónde habla y quién realmente habla bajo su nombre. Una extraña práctica de transmigración ejercida sobre el cuerpo del pequeño David en el momento del accidente para salvarlo, parece haber divorciado el

cuerpo de su alma. La escritora juega con esta ambigüedad que perturba la escritura y la percepción lectora. La enrarecida corporeidad de David afecta la escritura, interrumpe y desorienta el diálogo de ambos personajes de modo inquietante. Esa indefinida corporeidad desdibuja aún más el frágil lazo entre vida y muerte, como si el cuerpo sobrevivido de David no fuera sino un resto de vida apenas reconocible. Porque lo que está en riesgo es la gestión de la vida, la posibilidad de su pervivencia, el anudamiento materno –a nivel simbólico y orgánico– con el hijo. La palabra que trabaja la novela se construye justamente en el umbral entre la vida y la muerte.

Escritura cortante y cortada, tomada por la fiebre. La misma palabra que construye el relato a la vez lo corta, lo interrumpe, lo fragmenta, lo repite. Una palabra cargada de miedo no a la muerte, sino a la vida. A la vida vulnerable. La vida en su dimensión más cotidiana, más doméstica, más tranquila, provoca espanto. La materialidad de la relación con el cuerpo materno se ancla en un espacio que deviene inhabitable, justamente como resultado de una toxicidad que lo estría y se derrama en la escritura. Samanta Schweblin maneja con acierto la palabra en agonía, la palabra de la madre en dolor cuando el hilo que sostiene el cuerpo a cuerpo con su hija se rompe. El diálogo que organiza la novela pone el acento en la función fática del lenguaje: “seguí, no te olvides de los detalles”, “¿qué más, por qué te quedas en silencio?”, “El punto exacto está en un detalle, hay que ser observador”. El deseo de David en la conducción de la conciencia narrativa es suscitar la palabra de Amanda, para entender el presente, aun al filo de la muerte: “¿Por qué sigue entonces el relato? *Porque todavía no estás dándote cuenta. Todavía tenés que entender* (Schweblin, 92, cursivas en el original). ¿Por qué entonces el relato?, parece preguntarse la autora. Entender el origen de la fatalidad irreversible en el presente, del mal bajo la metáfora de gusanos en el cuerpo, es una respuesta posible. Las preguntas que hilvanan el diálogo instalan la escritura en una dimensión meta-narrativa. Cómo se narra el peligro invisible (esa “pequeña desgracia”) que tensa hasta vaciar de sentido la distancia de rescate, cuidada y preservada por la memoria colectiva materna, es la interrogación que parece provocar el texto novelado.

Cartografías

Poso Wells (2007), de la ecuatoriana Gabriela Alemán, es, en primera instancia, una novela acerca de los laberintos y las criaturas de la noche que pueblan los mundos suburbanos. Efectivamente, Cooperativa Poso Wells no aparece en ningún mapa: “está en el hueco más apestoso y olvidado de los límites del mundo que existe de este lado del Pacífico central” (13). Son kilómetros de viviendas de palo, construidas sobre aguas servidas y barro podrido, en una tierra fangosa del puerto de Guayaquil. Desde la perspectiva de la voz narrativa y la percepción de sus habitantes, Cooperativa Poso Wells parece reproducir la forma exacta del infierno. La novela se abre con la narración de un suceso que linda con lo tremendista: once políticos mueren electrocutados en un mitin de campaña presidencial, y el único sucesor al candidato que ganó en la primera vuelta electoral (y murió electrocutado en el accidente) ha desaparecido en medio de la multitud. La indagación de este hecho, así como el de la desaparición de numerosas mujeres en Cooperativa Poso Wells, son en principio el horizonte de un relato que parodia el patrón propio de la crónica roja y el thriller. La perspectiva narrativa, impregnada de humor negro, focaliza la voz de Gonzalo Varas, periodista que, en función de detective, asume la tarea de resolver el enigma de los crímenes cometidos, según la estructura propia del clásico policial. Tras las pistas para un reportaje sobre las desapariciones, Varas se desplaza al interior de ese inmenso barrio que porta todas las marcas propias de la marginalidad urbana: violencia, ilegalidad y pobreza.

En el presente narrativo, Varas descubre que un grupo de ancianos ciegos están relacionados con el secuestro del político y la desaparición de las mujeres.¹¹ En la conjugación de estos elementos, la novela posibilita una reflexión que entrecruza violencia, territorialidad y feminicidio. Una red de túneles, administrada por los ciegos, atraviesa el barrio y encierra los cuerpos

11. En el cruce de ambos ejes anecdóticos –el secuestro del político y la desaparición de las mujeres–, la novela se abre a la representación del universo elegido al interior de un explícito diálogo intertextual: la escritura ofrece una serie de claves que remiten al texto de H. G. Wells, *El país de los ciegos*.

desnudos de innumerables mujeres prisioneras. La secreta complicidad entre el orden policial y la mafia criminal hace de Cooperativa Poso Wells el paradigma de un lugar violento, precisamente como resultado de una operación de estriaje, que localiza rostros y cuerpos en términos de votos electorales y redes delincuenciales. Redes que son funcionales a los intereses de grandes empresarios y corporaciones internacionales, que persiguen la acumulación de capital y la concesión de tierras para la explotación ilimitada. En la tercera parte, “El bosque nublado”, el universo ficcionalizado se anuda alrededor de nuevos escenarios, que colocan la novela en la intersección de particulares ejes de reflexión: globalización y conciencia ecológica son instancias que definen el horizonte del acontecer narrativo. Los episodios que encadenan la trama anecdótica ponen en escena oscuros pactos de corrupción, cuyo eje de interés se ancla en la concesión de tierras para la explotación ilimitada a cielo abierto. La voz narrativa devela sucesos que dejan al descubierto una dimensión grotesca y monstruosa de la realidad: los túneles secretos –descubiertos por el periodista, y en el que permanecían ocultas decenas de mujeres sistemáticamente violadas por la secta de ciegos– conectan con la misma red de intereses que tiene como blanco la invasión de reservas comunitarias y la explotación de la tierra en busca de cobre. Se trata de un mismo círculo de violencia que vulnera las zonas más frágiles del cuerpo social: mujeres (desaparecidas) y, en otro escenario, campesinos comuneros movilizados en “defensa del lugar”. No es difícil para el lector asociar el lodo que cubre la piel desnuda de las mujeres prisioneras bajo tierra con aquella disputada e invadida para la extracción minera. Como observa la antropóloga argentina Rita Laura Segato, la violación de los cuerpos femeninos y la conquista territorial han ido y van de la mano, a lo largo de las épocas y civilizaciones más variadas (2008). La novela de Gabriela Alemán invita a pensar los múltiples vínculos entre lugar y poder, territorialidad, “hermandad mafiosa” y feminicidio, en el marco de una crítica al modelo capitalista de progreso y desarrollo.

Poso Wells revela que el grosero rostro de la violencia urbana no es sino la trama más visible de una violencia asentada en las redes de múltiples mafias y corporaciones financieras, en competencia por los dominios territoriales. Vale tener en cuenta las observaciones de la antropóloga Segato acerca

de las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres: la violencia corporativa, advierte Segato, se expresa de forma calculada y truculenta en el cuerpo de las mujeres, dicha actividad denota expresamente el espíritu de cuerpo de quienes la perpetran –se escribe en el cuerpo de las mujeres victimizadas por la conflictividad informal, al hacer de sus cuerpos el bastidor en el que la violencia se manifiesta, con el objetivo de alcanzar control territorial (*Las nuevas formas de la guerra*). El discurso desquiciado de la secta de ciegos amplifica y hace eco de un discurso político, cuya plataforma demagógica enmascara los usos de una conciencia cínica: “Para remover la tierra necesaria en busca de cobre habría que mover sesenta toneladas de suelo al día. Adiós árboles, orquídeas y pajaritos: adiós bosque nublado. *Bon voyage* pues, mirándolo por el lado positivo, él haría millones al igual que los canadienses” (Aleman, 117). Observa Peter Sloterdijk que el malestar de la cultura se manifiesta, en el mundo contemporáneo, como un “cinismo universal y difuso” (2007, 40). Para el filósofo alemán, el cinismo moderno se relaciona con un “realismo perverso” y una abierta inmoralidad, pues el cínico sabe lo que hace (sabe que está mal), pero “de lo contrario, otros lo harían en su lugar” (40). La razón cínica apunta necesariamente a la defensa del orden de lo existente; sobre todo, en sociedades –de carácter capitalista y patriarcal– en donde cada vez resulta más difícil distinguir entre producir y destruir.

Si Poso Wells evidencia mecanismos de control en relación a los cuerpos, las cosas, el entorno urbano y ambiental, la perspectiva narrativa, centrada en las acciones de Gonzalo Varas en su rol de reportero y detective, pone en escena una política de empatía afectiva con los cuerpos y espacios vulnerados: develamiento de redes y mafias, explosión de los túneles, desplazamiento de la narración hacia el espacio abierto de la naturaleza. Hacia el final, al interior de una comunidad en las laderas del Cotopaxi, un conjunto de señales atmosféricas alertan una inminente explosión y un posible terremoto de proporciones descomunales. Simultáneamente, la novela consigna el discurso incongruente de los ciegos, que confunden, en el mismo escenario, los signos de una naturaleza alterada con indicios apocalípticos del fin del mundo. Finalmente, la conjunción de una serie de acontecimientos vuelve imposible la expropiación de las tierras en Intag. Una suerte de pausa

momentánea detiene la invasión, y la última escena retiene la imagen del inversionista extranjero, abordando un avión: “Demasiado huecos negros, demasiado vacíos legales que no dejarían explotar las minas en paz. Pero no había apuro, para eso existía la tecnología satelital y él tenía en su poder un mapa de Ecuador con todos sus depósitos mineros resaltados en una gran gama de colores brillantes, y eran muchos. Solo sería cuestión de tiempo...” (Alemán, 141). Si bien es posible reconocer en el gesto de posesión cartográfica marcas de una conciencia cínica, la voz narrativa no deja de torcer el itinerario de esa misma racionalidad: desestabiliza la clausura del mundo representado desde un lúcido manejo del humor, los guiños al policial, la crónica roja e incluso al cómic. *Poso Wells* es una novela sobre la ciudad contemporánea, visibilizada desde sus miedos y ciclos de violencia, pero también desde una apuesta por los afectos y el territorio.

Frente a la pregunta “qué es feminicidio”, Rita Laura Segato observa que en el escenario del crimen contra mujeres importa pensar no solamente en la relación vertical del perpetrador con su víctima, sino también en el eje horizontal que vincula al perpetrador con sus pares. Este eje horizontal visibiliza lo que Segato denomina “hermandad mafiosa”, que remite a esa red que articula toda una estructura social y cultural —administración pública, justicia, poderes locales, élite económica— que porta las marcas del patriarcado y garantiza la impunidad del crimen. Si bien el feminicidio explícitamente aparece en la novela ecuatoriana discutida, cabe sin embargo advertir los cimientos de ese eje al momento de pensar las múltiples implicaciones que reviste la manipulación de la justicia, el daño ambiental, la violencia urbana, la sociedad de riesgo, en el mundo contemporáneo. La propuesta literaria de Anacristina Rossi, Samanta Schwebelin, Gabriela Alemán, penetra, desmonta, devela, los invisibles lazos de esa red.

Referencias bibliográficas:

- Alemán, Gabriela** (2014). *Poso Wells*. Quito/Asunción: Euterpe.
- Bachelard, Gastón**. (1993). *La poética del espacio*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt** (2002). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich** (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Eliade Mircea**. (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós.
- Escobar, Arturo**. “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo?”, en Edgardo Lander (compilador). (1993). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Fernández Durán, Ramón** *El antropoceno: la crisis ecológica se hace mundial. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Recuperado de: < http://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/el_antropoceno.pdf>.
- Heffes, Gisela** (2013). *Políticas de la destrucción/poéticas de la preservación. Apuntes para una lectura (eco) crítica del medioambiente en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.
- Ray, Andrew M.** (2014). *La naturaleza en la literatura costarricense pensada desde la eco-culturalidad*, Phd diss, University of Tennessee, 2014. Recuperado de: < http://trace.tennessee.edu/utk_graddiss/2849>.
- Rossi, Anacristina** (1993). *La loca de Gandoca*. San José de Costa Rica: EDUCA.
- Schweblin, Samanta** (2014). *Distancia de rescate*. Buenos Aires: Random House Mondadori.

Segato, Rita. “¿Qué es un feminicidio? Notas para un debate emergente”, en Marisa Belausteguigoitia y Lucía Melgar (coord.) (2008), *Fronteras, violencia, justicia: nuevos discursos*. México: UNAM.

_____. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el árbol.

Sloterdijk, Peter (2007). *Critica de la razón cínica*. Madrid: Siruela.

Thoreau David H. (2012) *Walden*. Buenos Aires: Losada.